

ME MOLESTA...

M. M. Castellano

Image not found.

Capítulo 1

COSITAS

Hay muchas cosas que me molestan en este mundo. A veces creo que demasiadas, No obstante, no es momento de plantearse un cambio de carácter repentino que me convierta en una persona menos quisquillosa. Nada más lejos de la realidad. Mi intención es la contraria, ya que busco compinches. Quiero a gente que esté de mi lado cuando describa algunas de esas situaciones que me irritan. Porque dos personas que se indignan unidas, permanecen unidas. Por ello me dispongo a hacer una lista con varios detalles que sacan lo peor de mí. No os preocupéis, serán solo unas pequeñas pinceladas, ya que si me dispusiera a profundizar, crearía una nueva saga al estilo *El señor de los anillos*. Tampoco es plan.

El primer puesto se lo concedo a las ventanas mal cerradas. Bueno, en realidad no a ellas, que no tienen la culpa de nada, sino a la entrada de aire por la rendija. ¿Por qué? ¿Os parece poco ese zumbido tan desagradable que se genera? Ese ruido me perturba más que el de la aspiradora que utilizaba mi madre los sábados a las ocho de la mañana. Y eso ya es mucho decir.

Aquellos que no coincidáis o no llegues a mi nivel de aversión, al menos admitid que es molesto. En ocasiones incluso inquietante, porque si se le suma la oscuridad de la noche y la soledad, la verdad es que acojona. Es el sonido por antonomasia de las típicas películas de miedo, de las clásicas, las que estaban ambientadas en un antiguo castillo en mitad de la nada al que acudían señoras y señores a los que se les había descarrilado el carruaje en una noche de tormenta. Muy al estilo de *Drácula* de Bram Stoker. Libro que, por cierto, comencé a leer y cuando iba a la mitad me lo tuve que comprar en inglés por si así me asustaba algo menos. Ya sabéis, que si buscas una palabra en el diccionario, que si esta no la buscas porque te da pereza... Nota: si conoces el idioma extranjero, inquieta lo mismo. Dos semanas con una cabeza de ajos en la mesilla de noche, no os digo más.

Muy relacionado con el tema de la ventana está el de las puertas entreabiertas. No lo soporto. O abiertas o cerradas pero a mí que no me vengan con medias tintas, que además se genera corriente y luego no paro de moquear. Por no contar con lo antiestético que resulta, por lo menos a mi parecer.

Lo peor es cuando alguien entra a la habitación (con la puerta cerrada) en la que se encuentra una servidora y al salir no termina de cerrarla a pesar de que se le solicita amablemente (no siempre) que lo haga. He de reconocer que esta es una especialidad de los padres en la mayoría de los casos. Sin embargo, aparte de suceder en el entorno doméstico, también se da fuera de casa, como bares y restaurantes varios. Los comensales entran y salen y dejan la puerta abierta. Visto así, descontextualizado, no tiene la menor importancia, que más da. Situémonos en una noche de invierno con una temperatura de un grado bajo cero en la calle. Te ha tocado la mesa que justo está al lado de la puerta a pesar de que llamaste

hace una semana y media para reservar. Esa brisilla de la puerta abierta molesta, ¿eh? Así no se disfruta el tartar de salmón, joder. Demos gracias a que casi siempre va a escucharse una voz desde algún lugar recóndito vociferando: «¡Esa puerta!».

La cosa se pone tensa, ya que nos aproximamos a lo tocante al uso del lenguaje, algo que me afecta bastante teniendo en cuenta que soy una persona formada en idiomas. La cuestión es que observo últimamente un recurso excesivo a los neologismos, en concreto a los procedentes del inglés. Si ya me repateaba la viralización del término *coach*, que se utiliza desde el ámbito profesional hasta el programa de La Voz, la continua incorporación de anglicismos (innecesarios) al español me saca de mis casillas. Sobre todo porque se utilizan para referirse a conceptos para los que ya contamos con una amplia terminología autóctona: *shorts* en lugar de pantalón corto, *check in* para facturar las maletas o registrarse en un hotel o *crush* para designar al amor no correspondido de toda la vida. Este último es el peor, a mi parecer. Y esto son solo una minucia en comparación con el volumen del fenómeno.

A mí me cuesta bastante comprender el motivo que lleva a determinados individuos e individuos a hacer uso de palabras extranjeras en lugar de optar por nuestro idioma, tan rico, tan opulento, tan abundante de recursos. Detractores del lenguaje es lo que son. ¿Por qué adoptar esa conducta cuando nuestra lengua tiene tanto que ofrecer? Por ejemplo, tenemos multitud de adjetivos para describir prácticamente cualquier cosa. Así, si algo es bello, podemos decir que es maravilloso, espectacular, hermoso, majestuoso, exquisito... En inglés podemos apañarnos con un *great* o un *nice*.

Y cuando algo nos desagrade a la vista también disponemos de un amplio catálogo de expresiones para describirlo: horrible, espantoso, feo de cojones, antiestético, más feo que pegarle a un padre con un calcetín sudado (mi favorita)...

Ojo, que a mí me apasiona la lengua inglesa. De hecho, me niego a consumir contenido audiovisual en español si el idioma original es el inglés. Mis manías, ya veis. Sin embargo, considero que para poder cuidar y mantener un idioma, es fundamental utilizar todos los recursos que ofrece para expresarse antes que acudir a otros. Además, que yo no me imagino a un par de amigas estadounidenses hablando así: «*Yes, we are mejores amigas. We love going de compras together and ir de fiesta*». Ahora bien, el escalafón más alto en el uso innecesario e incluso ridículo de anglicismos, el premio va para las personas que afirman que les gusta el *avocado*. No podía callármelo, *sorry*. Así que nada, voy a beber un poco de *water* que me he quedado *dry*.

Venga vale, os concedo el honor de criticar algo más, que hoy estoy generosa. Espero que estéis de acuerdo conmigo en este asunto, porque intuyo que también encontraréis molesta la tos. La tos ajena, por supuesto. Cuando escucho a alguien que tose cerca de mí siempre pienso que lo hace aposta, para dar por saco. Sobre todo porque suele coincidir con los momentos en los que se quiere silencio: estudiando en la biblioteca, leyendo un libro, intentando ver el capítulo de una serie en el

tren o durante el rosco de Pasapalabra, lo que impide escuchar la definición y acertar la letra (como si los problemas acústicos fueran el motivo por el que no acertamos ni una). Por eso a mi siempre me suena a tos forzada, de esa que hace daño de verdad en la garganta.

A estos inconvenientes relacionados con el ruido se unen los sanitarios.

Ver a alguien que tose sin cubrirse la boca me pone la piel de gallina.

Parece que veo salir disparadas miles de bacterias sin escrúpulos. Incluso se puede llegar a escuchar cómo se ríen de forma malévolas. Justo como las representan en los incontables anuncios de medicamentos antivirales.

A mi llámame maniática pero al menos reconoced que un poco de asco os da. Y si no, imaginad que lo hacen en vuestra oreja, que es algo muy frecuente en metros y colas del banco.

Podría continuar con esta labor hasta que el propio Word se quedase sin papel. No obstante, prefiero dejar aquí la cuestión. Tampoco quiero pasar a engrosar la lista de cosas molestas que puedan tener varias de las personas que estén leyendo esto. Aunque sería gracioso, la verdad.